Los países emergentes ante el reto de la sostenibilidad

En los últimos años, la economía de un conjunto de países de Asia, América Latina y África ha crecido a un ritmo extraordinario en comparación con la recesión imperante en el mundo más desarrollado. Ese acelerón en su motor económico ha ido acompañado de mayores índices de contaminación ambiental lo que ha abierto el debate internacional acerca de la viabilidad de dicho crecimiento. ¿Se debe limitar su progreso en favor del medio ambiente? ¿Existen alternativas para el fomento del desarrollo sostenible en estos países?

Carolina López Álvarez

En claro contraste con lo sucedido en el mundo más avanzado, países como Brasil, China, India, Rusia y Suráfrica están experimentando desde hace años un vertiginoso crecimiento económico. Pero, al igual que ocurriera a partir de la industrialización, el desarrollo económico de las denominadas «potencias emergentes» ha incrementado significativamente su impacto medioambiental, lo que está provocando la preocupación de la comunidad internacional.

Responsabilidades comunes pero diferenciadas

Según Luis Jiménez, director del Observatorio de la Sostenibilidad en España (OSE), los países «emergidos», como prefiere denominarlos, se están enfrentando a los mismos retos que los países desarrollados hace años, cuyo modelo estaba basado en un desarrollo insostenible. En lugar de hablar de «crecimiento (in)sostenible», el director del OSE apuesta por hablar de «desarrollo (in)sostenible» ya que el crecimiento económico no puede ser ilimitado y, sin embargo, el desarrollo sí lo es: el crecimiento material no es condición indispensable para experimentar desarrollo. «Debemos cambiar el modelo de crecimiento; transformar el crecimiento en desarrollo es la clave pero, eso sí, un desarrollo verdadero con transformaciones», afirma el experto.

Para evitar caer en los mismos errores, los países emergidos deben dar un salto estructural sin repetir el proceso erróneo de los países industrializados, buscando el «atajo» para ir a procesos más ecoeficientes.

Aunque la responsabilidad histórica en materia medioambiental siempre ha recaído sobre los países desarrollados, con la irrupción de estas nuevas potencias en la economía mundial esta responsabilidad se ha extendido. En sus palabras: «existen responsabilidades comunes, pero diferenciadas». ¿Cómo canalizar estas responsabilidades en favor de una sostenibilidad global a nivel planetario?

http://www.sxc.hu/

Para Jiménez la fórmula radica en que los países desarrollados se comprometan a poner en marcha dos mecanismos interconectados:

1. Transferencia de tecnología ecológicamente racional de los países más desarrollados a los países en desarrollo.
2. Mecanismos de financiación nueva y complementaria, más allá de la ayuda oficial al desarrollo, es decir, fondos adicionales.

Se trata de que los países industrializados ayuden a los emergidos a cambiar los modelos aunque ello pudiera suponer una posible incentivación de la competitividad de países como China frente a las industrias de los países desarrollados porque, como resalta Luis Jiménez, de otra manera «no habrá solución para nadie ante unos problemas que ya son globales». En su opinión, hay que buscar la complicidad a favor de la sostenibilidad global de los países «ricos» para que apoyen a los «pobres». Teniendo en cuenta el modelo «consumista y despilfarrador» que han desarrollado los países industrializados, «no es moralmente aceptable» el hecho de intentar limitar el crecimiento de los emergidos en favor de la sostenibilidad ambiental, especialmente, cuando en muchos de estos países gracias a ese crecimiento se está consiguiendo reducir significativamente los índices de pobreza.

La economía verde

En este sentido, según se puso de manifiesto en la Cumbre de Río+20, la economía verde es fundamental para erradicar la pobreza y alcanzar un desarrollo sostenible ya que se crea empleo estable y de mejor cualificación a la vez que se hace un mejor uso de los recursos naturales y se contamina menos. La solución pasa, dice el director del OSE, «por una transformación a nivel general de la economía verde empezando por los países más avanzados y ayudando a los emergentes, a través de transferencia y financiación, a incrementar sus capacidades para que puedan acometer procesos de desarrollo sostenible». Debemos ser conscientes de que en el caso de los países emergentes, ese modelo insostenible viene en muchas ocasiones de la pobreza y el subdesarrollo y no tanto del exceso de riqueza como ocurre en los países más desarrollados.

En esta línea, Raúl Herrero, profesor de Energía y Sostenibilidad de la Escuela de Organización Industrial (EOI), considera que «cuando no se cuenta con infraestructuras vitales, como agua corriente todos los días o suministro de eléctrico, pedirles que se desarrollen siguiendo criterios de sostenibilidad es complicado». En su opinión, primero hay que empezar a cubrir las necesidades básicas, como el abastecimiento de agua, para luego exigirles un uso sostenible de los recursos: «no podemos decirles qué es lo que hacen con el agua si no tienen un abastecimiento bueno de agua;

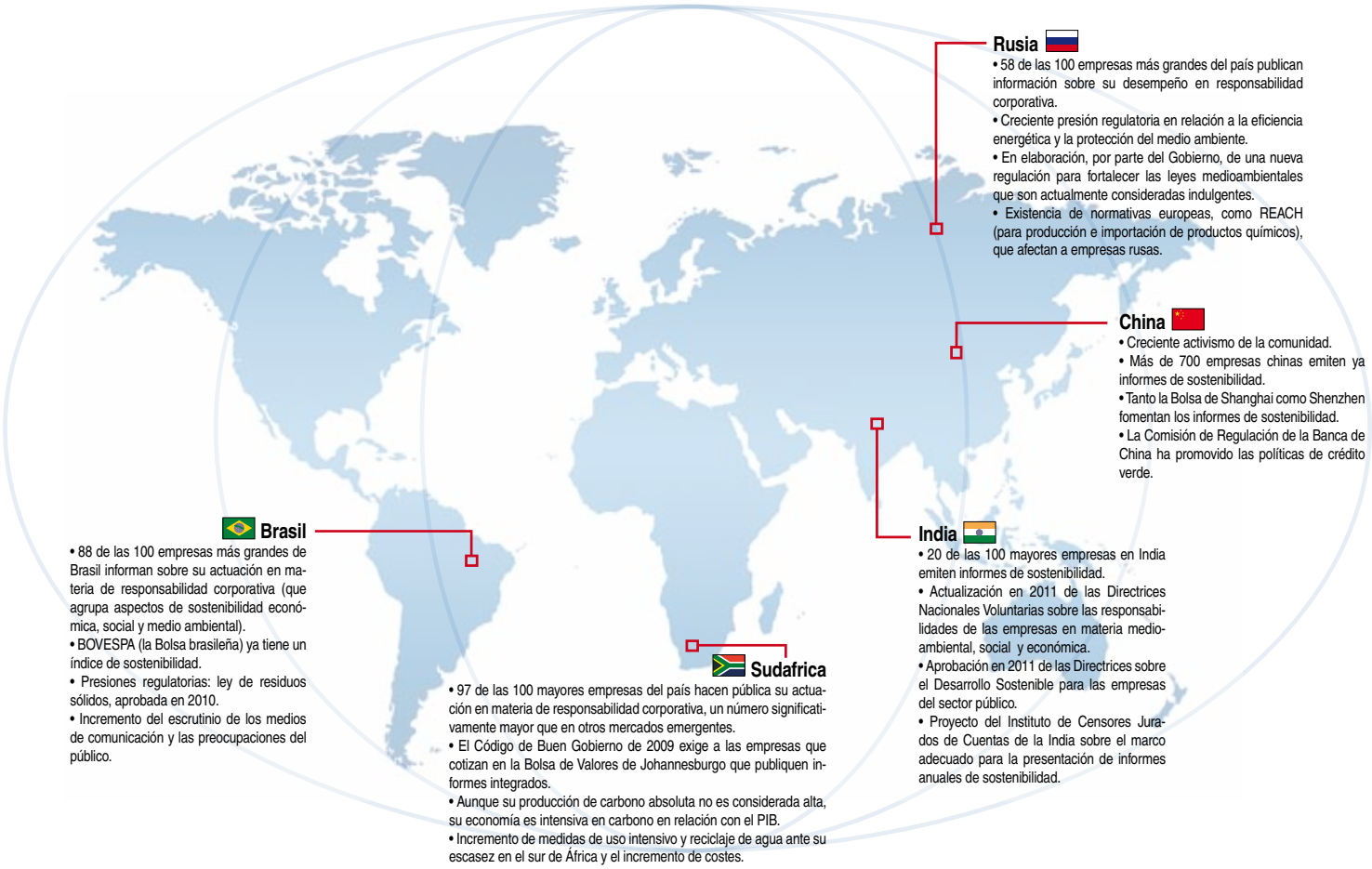
no les podemos decir que no malgasten la energía si en muchos casos no tienen puntos de energía». El profesor de la EOI aboga por aprovecharnos de los sistemas de desarrollo aislados, por ejemplo, pequeñas plantas fotovoltaicas, miniparques eólicos o plantas de tratamiento del agua, para ponerlas a su disposición y advertirles de su beneficio no solo en el plano medioambiental sino también para su salud y bienestar y el de las próximas generaciones.

No contaminar es rentable

Aunque la cultura medioambiental y las pautas de consumo marcan la forma en que los diferentes países afrontan la sostenibilidad ambiental, ambos expertos señalan que son los intereses de la industria los que realmente imponen la pauta. Poco a poco, las empresas de los países desarrollados, pero también las de los emergidos, están entendiendo que, como dice Jiménez, «el ser medioambientalmente eficiente, al final se traduce en mejoras de innovación y productividad» y, por tanto, de la competitividad. De hecho, como resalta Raúl Herrero —que compagina la docencia con la selección de directivos en el área de sostenibilidad— son múltiples las empresas de Tailandia, Singapur, Sur de Corea o Vietnam que están demandando profesionales altamente cualificados de otras nacionalidades capaces de implementar estas «nuevas» prácticas.

Además, cada vez son más los inversores de todo el mundo que tienen en cuenta esta cuestión, tal y como se ha puesto de manifiesto en múltiples índices bursátiles o en estudios como la 10ª edición del Anuario de Sostenibilidad (*The Sustainability Yearbook*) publicado por RobecoSAM, especialista en inversiones en Sostenibilidad, y KPMG Internacional, y presentado el pasado 23 de enero en el Foro Económico Mundial de Davos (Suiza).

En los mercados globales en el que se mueven las empresas, cualquier rasgo diferenciador se convierte en competitivo. Como defiende Herrero, las empresas multinacionales son las primeras que van a dar ejemplo a las compañías locales; les pondrán «el listón alto» a la hora de competir. De igual manera sucederá cuando compañías chinas, brasileñas o rusas deseen entrar en determinados mercados donde, afortunadamente, se aplican otras reglas. Porque más allá de ecología hablamos de rentabilidad y, como bien sabemos, «con el dinero no se juega». ■



Fuente: The Sustainability Yearbook 2012. KPMG: Sustainability Drivers in the Emerging Economies (págs. 8-16).